

Discurso presentación del IdIHCS

Buenas tardes. Antes que nada, por cortesía y por sincera gratitud, los reconocimientos. Gracias a las autoridades del CONICET por la confianza en nuestro trabajo y por el respaldo a nuestro proyecto de creación del Instituto; gracias a las autoridades de la Universidad por el apoyo recibido, desde el primer momento y sin vacilación alguna; gracias a los Directores de Consejo Científico Tecnológico de La Plata, Dres. Grigera y Rapela por el impulso que dieron a nuestra iniciativa; gracias a mis amigos y colegas Ana Barletta, Aníbal Viguera, Juan Piovani y Gloria Chicote, verdaderos hacedores de este proyecto, por haber confiado en mí para que lo dirija; gracias a la Vicedirectora del Instituto, Amalia Eguía y a mis colaboradores Hernán Sorgentini y María Eugenia Suárez por el apoyo y el entusiasmo puestos de manifiesto en los arduos primeros pasos de su organización.

Quiero compartir ahora con ustedes unas breves reflexiones. ¿Cuáles son las relaciones entre los intelectuales y la política? Este tema parece agotar las páginas de vastas bibliografías. Sin embargo, parece haber coincidencias en que un intelectual es un científico o un artista que, además de haberse destacado en su quehacer específico, toma partido en algún hecho de interés público. Es más, no existe contradicción entre una cosa y la otra, sino que el destacarse en su disciplina es la condición para que su voz sea escuchada en los debates políticos. Bertrand Russell fue un gran lógico y matemático; Jean-Paul Sartre, un célebre filósofo y escritor; Noam Chomsky, uno de las más importantes lingüistas del siglo XX. Pero los tres son reconocidos, además, como grandes intelectuales porque cumplen con el doble requisito que señalamos: excelencia en su especialidad y compromiso público. Fue Antonio Gramsci quien aplicó a la Universidad la figura de “intelectual colectivo”. Advirtió que una universidad es un

colectivo institucional en el que a menudo se viven las tensiones propias del intelectual: una fuerza que tiende hacia la excelencia en la especificidad del saber; la otra que tiende hacia la presencia en el espacio público a través de acciones determinadas. De manera que estamos ante el dilema típico del intelectual, pero de un intelectual colectivo, en el que las decisiones forman parte de un complejo entramado que todos conocemos muy bien.

Estas reflexiones vienen a cuento porque fueron motivadas por una pregunta. El CONICET estaba considerando la propuesta de creación de nuestro Instituto y, como parte de esa evaluación, nos visitó el Dr. Faustino Siñeriz. La pregunta que nos hizo en esa oportunidad fue más o menos en estos términos: “Si ustedes ya tienen Centros de investigación que vienen trabajando bien y que tienen un reconocido prestigio, ¿para qué quieren crear el Instituto? ¿Sólo para recibir algo más de plata?”. Y esa inquietud fue duradera, ya que poco después el CONICET nos envió el expediente con la solicitud que se explicitara precisamente un plan de desarrollo para los próximos cinco años. De modo que se admitía que existían tradición y calidad, que el número y trayectoria de los investigadores respaldaba el proyecto, que había experiencia en gestión que garantizaba eso que llaman, con presunción anglófona, el *know how*, y que el proyecto contaba con un sólido apoyo institucional. Pero el Dr. Siñeriz había dado en el clavo, porque faltaba lo más importante: faltaba el para qué. Y nosotros, que somos docentes, sabemos que la mayor virtud que tienen las preguntas inteligentes es precisamente que desafían a nuestra inteligencia. De modo que cuando pensé en las palabras para exponer hoy aquí, me dije “Tengo que contestarle a Siñeriz”. Se me ocurrieron respuestas: “Para consolidar la presencia institucional de nuestras investigaciones a través del Instituto”; o bien “Para darle mayor visibilidad ante otras instituciones del país y del extranjero”. El problema de esas respuestas es que, a pesar de su prolija

exposición, dejan intacta la pregunta: para qué. Fue entonces cuando me acordé de Gramsci y del “intelectual colectivo” y pude formular una respuesta que me conformara: “Para generar un polo de excelencia en el país cuya consolidación y visibilidad le permita participar directamente en acciones tendientes al bien común”. Es en este sentido en que he apoyado las iniciativas del Dr. Rapela para poder demostrar ante la comunidad la importancia y la pertinencia social de las investigaciones que llevan a cabo los Centro e Institutos CONICET. Sin embargo, como ustedes saben muy bien, las Humanidades y las Ciencias Sociales llevamos marcado el estigma del parloteo, la inacción y la falta de sentido práctico. De modo que cabe preguntarnos cuáles serían, en nuestro caso y en los tiempos que corren, esas “acciones tendientes al bien común”. Discutir sobre los alcances y limitaciones del sistema republicano; incidir en los cíclicos debates sobre el concepto de populismo; analizar las características de los nuevos movimientos sociales emergentes; promover formas de organización social y económica que ayuden a mitigar la pobreza; fijar posiciones fundadas en el arduo campo de la ética filosófica y la bioética; estudiar el impacto social de las políticas ambientales y de las variadas formas de contaminación y degradación del medio ambiente; realizar aportes en los múltiples problemas que afronta la educación pública; participar en las recurrentes controversias sobre el impacto de la historia reciente y sobre las llamadas políticas de la memoria; actuar en defensa de políticas de la lengua que contrasten con la lengua bilingüe de la publicidad y los medios y con toda forma de degradación mediática de su uso; y tantos, tantísimos otros temas. No se trata entonces de exhibir la excelencia como una cucarda, ni utilizarla para aumentar las categorías o abultar los currícula. Se trata de acumular capital simbólico para que nuestra voz sea más potente, para que el tan repetido aporte a la comunidad se haga realidad, para que podamos ver que alguna de nuestras investigaciones ha podido, aunque sea en

mínima medida, incidir en el presente, atenuar el dolor, reducir la desigualdad, hacerse cargo de los retos de un país y de un mundo que a menudo nos sumen en la perplejidad y en el desaliento. Este es el desafío para el Instituto que hoy presentamos. Y para terminar con mi respuesta al Dr. Siñeriz, y a pesar de que mis colegas me lo reprochen eternamente, alcanzar este objetivo no es sólo una cuestión de más dinero. Son más importantes, en mi opinión, la coherencia con los propósitos institucionales, la fuerza de las convicciones y la prepotencia de trabajo. A todos ustedes, muchas gracias.